

Hacia una economía diferente: una mirada retrospectiva y otra hacia el futuro*Neva Goodwin*

© Copyright Opinión Sur

Revista Mensual y Gratuita N°49
Septiembre 2007

Al considerar una transición económica sustancial, resulta útil tener en cuenta los antecedentes históricos. Si nos retrotraemos a la última transición comparable, la primera Revolución Industrial, podemos apreciar que los complejos problemas emergentes que la raza humana enfrenta son, irónicamente, consecuencia de grandes logros humanos. A lo largo de los últimos 250 años se ha producido un avance excepcional en muchos aspectos del bienestar humano. Mucho de ello es el resultado de los grandes aumentos en la productividad de la mano de obra debidos a las innovaciones en materia de tecnología, infraestructura, gestión e instituciones. Sin embargo, al comienzo de la Revolución Industrial no estaba del todo claro *a quién* alcanzaría la mejora del bienestar como resultado de esa mayor productividad, o de qué manera ello ocurriría. La capacidad de producir cada vez más bienes y servicios podría haber desembocado en cualquiera de los siguientes resultados extremos:

1. El aumento de la producción podría ser absorbido sólo por las elites, tal como había ocurrido generalmente en el pasado. Tal vez las elites serían más numerosas, pero la mayoría de las personas seguirían consumiendo sólo para subsistir.
2. El crecimiento de la producción podría estar acompañado de un crecimiento generalizado del ingreso y, por ende, del consumo.
3. Las personas que pudieran producir más por hora podrían simplemente trabajar menos cantidad de horas. El crecimiento del consumo estaría restringido por un mayor tiempo ocioso y una menor producción nacional.

En los Estados Unidos y la mayoría (aunque no la totalidad) de los demás países avanzados, se adoptó mayoritariamente la segunda alternativa.^[1] La clave para la segunda opción es la creación de una sociedad orientada al consumo: *lo que se produce debe comprarse*. Mientras exista demanda inmediata para todo lo que los fabricantes producen, no hay ningún problema. Cuando la demanda se desfasa, deben lograr que los consumidores se convenzan de que quieren más.^[2] Si los fabricantes no lo logran, se producirá la quiebra de las empresas y se perderán empleos. La pérdida de empleos implica la pérdida del ingreso, lo que implica una merma del consumo. Si esto ocurre a una escala macroeconómica, decrece la producción de la sociedad en su conjunto y ésta experimenta el sufrimiento asociado con la recesión o depresión. En el presente, este mecanismo opera a nivel del sistema global, donde los trabajadores de muchos otros países también dependen del espíritu consumista estadounidense.

El crecimiento en la productividad de la mano de obra que acompañó a la Revolución Industrial estaba basado en muchos factores; la disponibilidad de energía barata fue un elemento fundamental. Ahora, en vista de la antes insospechada relación entre las emisiones de CO₂ y el clima, la tremenda dependencia de los combustibles fósiles se ha convertido en una grave debilidad del sistema económico global. Tarde o temprano (y, previendo los costos de adaptación al cambio climático, deberíamos esperar que sea más bien temprano) el consumo de combustibles fósiles disminuirá. Muy probablemente esto ocurra a causa de los crecientes precios del petróleo, el gas y el carbón. Estos incrementos podrían producirse por alguna o la totalidad de las siguientes causas: interrupciones de oferta de naturaleza política, agotamiento de los yacimientos petrolíferos con crecientes costos de extracción o de regulación nacional o internacional (por ejemplo, impuestos sobre las emisiones de gas o un sistema *cap-and-trade*, es decir, un régimen de cupos o límites máximos y comercio tendiente a controlar las emisiones de dióxido de carbono). Pocas personas son lo suficientemente optimistas como para creer que las fuentes de energía alternativas y sustentables estarán disponibles a tiempo para reemplazar a los combustibles fósiles sin que se ocasione ninguna interrupción significativa. Las nuevas tecnologías para la producción de energía requerirán también de nuevos sistemas de distribución y muchos tipos de maquinarias de toda clase deberán ser reconvertidas o reemplazadas para poder utilizar los nuevos sistemas.

De este modo es probable que la energía, en líneas generales, sea más costosa durante el período de transición, que podría durar algunos años o un siglo. Los precios relativos de muchos bienes y servicios se modificarán drásticamente: aquellos cuya producción tarde más en adaptarse a las nuevas circunstancias serán relativamente más caros. El aumento de los costos energéticos tendrá un efecto dominó sobre toda la economía y provocará el incremento de otros costos.^[3] Además, deberán desviarse grandes cantidades de esfuerzo y recursos disponibles para encarar las tareas de adaptación, especialmente si no logramos –ahora y en el futuro– implementar acciones efectivas para mitigar el cambio climático.

En vista de estos costos y requerimientos, la capacidad de las economías mundiales para producir bienes de consumo puede dejar de crecer, e incluso por un tiempo al menos, contraerse. Si eso ocurre, la pregunta que deberemos responder urgentemente es: *¿Quién consumirá menos: aquellos que hoy son los principales consumidores o aquellos cuyo consumo es ya demasiado bajo para satisfacer las necesidades básicas?*

El caos climático crea peligros tan dramáticos que puede convertirse en una oportunidad propicia para que se generen reformas de pensamiento y acción que anteriormente eran demasiado incómodas de encarar. Además de las sugerencias ya formuladas en este artículo, los siguientes son algunos cambios adicionales de comportamiento económico y de teoría económica que deberán adoptarse para crear una sociedad con mayor resiliencia.

En primer lugar, será necesario introducir cambios masivos con respecto a las *prioridades de inversión* para:

- Desarrollar fuentes de energía renovable;
- Desarrollar tecnologías sustentables para la producción, el transporte, las actividades domésticas, el entretenimiento, etc. y
- Desarrollar métodos para restablecer la productividad de los suelos y las aguas.

- Encarar una reconstrucción de las ciudades que incluya aspectos tales como transporte público, edificios de bajo consumo energético y excelente equipamiento comunitario, con el triple objetivo de mejorar la habitabilidad, controlar los costos y reducir el impacto ambiental.
- Reemplazar y (cuando sea posible) retirar sustancias tóxicas que, durante el último siglo, se hayan introducido de manera generalizada en los ecosistemas del mundo y en los organismos de los seres vivos, incluidos los humanos. La salud mental depende en gran medida de la salud física; ambas deben protegerse en poblaciones que necesitarán contar con inteligencia, conocimientos, voluntad y cohesión social para encarar los desafíos de mitigación y adaptación que tenemos por delante.
- Es necesario encarar tareas de investigación y planificación para prever, en las distintas economías, dónde el requerimiento de reducir actividades que generan cambio climático recomienda un cambio en la producción de bienes transables y no transables hacia insumos con relativamente más factor humano y menos insumos energéticos y materiales. Energía y materiales deberían ser sustituidos por tecnología e insumos humanos “intensivos en información”.

En segundo lugar, será necesario adoptar *cambios políticos/institucionales* para:

- Fortalecer el poder de entidades que representen el interés social frente a aquellas (tales como las corporaciones en el sistema actual) que persiguen intereses estrechos o de corto plazo.
- Crear medios apropiados de gestión de los activos que se definen como de “propiedad comunitaria”.
- Crear un firme piso al poder político, económico y de tomar decisiones de individuos y comunidades, por ejemplo, a través de instrumentos legales tales como fideicomisos, estatutos y ordenanzas.
- Intensificar los esfuerzos -al interior de las naciones y entre ellas- para avanzar hacia un poder más igualitario y un acceso más equitativo a los recursos. Esfuerzos especiales deberían realizarse para mejorar la calidad de la educación para todos al tiempo de igualar la calidad de la educación para ricos y pobres.

Por último, los *cambios culturales* necesarios probablemente han de incluir:

- Reconocimiento de los cambios demográficos y adaptación a los mismos. Los países ricos, que deben asumir liderazgo en aspectos significativos del desarrollo de nuevos patrones sustentables de actividad económica, deberán al mismo tiempo hacer frente a una creciente proporción de población de edad avanzada, con sus necesidades médicas y sociales específicas, junto con una proporción cada vez menor de personas comprendidas en la fuerza laboral formal. Si el envejecimiento de la población implica que hay menos personas que buscan trabajo, ¿también habrá menos empleos? ¿Qué implicancias tiene esto para el nivel de vida de aquellos que se desempeñan en trabajos formales y los que se desempeñan fuera del sector formal? ¿Cómo pueden las sociedades respetar y aprovechar los potenciales aportes de la población de edad avanzada?
- Los cambios de actitud en relación con el trabajo y el tiempo libre, junto con posibles cambios en las definiciones de "trabajo" o "un trabajo", probablemente serán consecuencia de los cambios demográficos y, asimismo, pueden ser necesarias acciones concomitantes con una

economía que produce menos. La disminución del ingreso proveniente del trabajo en relación con el valor de la energía y los materiales puede hacer que sea necesario revisar las expectativas acerca de las proporciones de los bienes transables y los bienes no transables que los hogares disfrutan. (Esto conlleva el riesgo de que se neutralicen los avances logrados en materia de igualdad de géneros, ya que en muchas sociedades las mujeres tradicionalmente han sido las proveedoras de los bienes y servicios no transables.)

- En base a los hallazgos de la psicología hedónica, la economía, otras ciencias sociales y el público en general necesitan reconsiderar qué es lo que contribuye al bienestar. La cultura del consumismo incluye creencias tales como "más es mejor", "la felicidad puede comprarse", etc. Existe suficiente evidencia que prueba que estas creencias son falsas, pero las mismas son alentadas activamente por muchas empresas que perciben que la cultura consumista beneficiará sus intereses.

Los sistemas socio-económicos mundiales probablemente se encuentren al borde de otro período de transición –uno que posiblemente ocurra con mayor rapidez que la Revolución Industrial original– y la humanidad encara una vez más importantes opciones. Una opción tiene que ver con la cuestión que los economistas clásicos denominaban “la división del producto de la sociedad”. Esta era la opción entre la alternativa 1 y la 2, tal como se describió anteriormente. Ese par de opciones planteó la siguiente cuestión: a medida que las economías se vuelven cada vez más capaces de producir una cantidad de producción que está cada vez más por encima del mínimo indispensable para subsistir, ¿ese "extra" irá principalmente a las elites (los dueños de los recursos de capital) o se distribuirá más ampliamente entre los trabajadores? Esta cuestión se vuelve incluso más perentoria si el "extra" comienza a mermar, tal como podría suceder a consecuencia de los crecientes costos energéticos. La distribución desigual de una torta cada vez más grande puede no ser demasiado grave, pero si la torta se achica, el destino de aquellos que reciben una menor tajada de la torta puede ciertamente volverse bastante nefasto.

Hace catorce años escribí un artículo en el que describía el “escenario de pesadilla”:

... en el cual no se produce una redistribución; el colapso ecológico castiga más rápido y duramente al pobre, provocando el hambre y la enfermedad en el Tercer Mundo a una escala que supera todo lo experimentado hasta hoy por nuestra especie; y los países ricos aprenden lo suficiente de ello como para modificar sus acciones, no ayudando al pobre sino reduciendo su propio rendimiento (Goodwin, 1994).

Lo que no incluí en este escenario de pesadilla fue el aspecto de “comunidad encerrada” que ya está surgiendo dentro de los países y en sus fronteras, a medida que los individuos, las comunidades y las naciones consciente o inconscientemente sientan las bases para el uso de la violencia por parte de los ricos para repeler un posible violento flujo de quienes están desesperados. Anteriormente mencionamos a la igualdad como un requisito para la resiliencia. Esto es aplicable a nivel global como también local. Las naciones y los individuos ricos del mundo enfrentan una dura elección: brindar la asistencia necesaria para aumentar la resiliencia entre los pobres o dejarlos morir o dispararles cuando llegan a sus portones de acceso. Si la moral no fuese suficiente para que la elección resulte obvia, también cabe considerar cuán desagradable sería, incluso para los ricos, vivir en un mundo así.

[1] Esta no fue una única decisión; emergió en el transcurso de varios siglos. Por ejemplo, el desenlace en los Estados Unidos todavía resultaba dudoso en la primera parte del siglo XX, cuando (antes de la Gran Depresión) los sindicatos aún discutían tanto acerca del descanso como del ingreso. Los países latinoamericanos se han inclinado por la alternativa 1. Europa Occidental ha demostrado una mayor preferencia por la alternativa 3 que los Estados Unidos; Francia es la que ha llegado más lejos en los intentos por institucionalizar la alternativa 3 mediante legislación.

[2] Desde ya, los gobiernos, como usuarios finales de muchos productos, también pueden ser “consumidores”. Los productores modernos son cada vez más eficientes en sus prácticas de lobby con respecto a las agencias gubernamentales, lo que equivale a la publicidad dirigida a los consumidores.

[3] Parece altamente probable que en cualquier escenario de mitigación los costos de la energía aumenten, por lo menos durante algunas décadas. El costo de los materiales también podría aumentar porque es probable que los mayores costos energéticos encarezcan significativamente el costo de extracción de las materias primas o de reciclado de los materiales usados. Sin embargo, ha persistido una tendencia descendente en los costos de las materias primas y de muchos productos materiales durante la mayor parte de los últimos 50 años y muchos observadores estiman que esta tendencia ha de continuar.

Si usted desea ofrecer comentarios o sugerencias sobre este artículo lo invitamos a hacerlo en nuestro blog (<http://blogopinionsur.blogspot.com/>). Este artículo puede ser reproducido total o parcialmente, siempre que se cite al autor y se indique que fue publicado en Opinión Sur.

::: Salguero 2835 7B (C1425DEM) ::: (54 11) 4801-8616 ::: Argentina ::: opinionsur@opinionsur.org.ar